

# *En un mar de cinismo rumbo al suicidio*

**OMAR HANDABAKA\***

En junio de 2005, el entonces Ministro de Comercio israelí Ehud Olmert afirmaba en Nueva York ante un auditorio judío: «Estamos cansados de ser valientes, de combatir, de vencer, nos cansa vencer a nuestros enemigos. Queremos vivir en otro mundo de relaciones con nuestros enemigos de hoy. Queremos tenerlos como nuestros amigos, nuestros socios, como nuestros buenos vecinos».

Después de algo más de un año, el mismo Ehud Olmert, ya como Jefe de Gobierno y con la prioridad de poner fin al conflicto de Oriente Medio, emprendió una guerra devastadora en dos frentes: Palestina y Líbano.

Es la primera vez que Israel es gobernado por un triunvirato civil: el jefe de gobierno Olmert, antes alcalde de Jerusalén; el ministro de guerra Peretz, sindicalista; y la ministra de Relaciones Exteriores Livid, abogada especializada en bienes raíces y con cuatro años de experiencia en el servicio de inteligencia Mosad. Los tres han logrado llegar al poder sin una carrera militar previa, lo que es necesario resaltar debido a que en Israel esta es considerada prácticamente como un requisito para la carrera política.

La sospecha de que la reacción tan rápida y brutal del nuevo gobierno se deba al oportunismo que caracteriza a Olmert, o que busque evitar que el gobierno «civil» sea catalogado como débil, es válida, pero no por eso hay que pensar que esta guerra sea un desvío en la política israelí frente a sus vecinos. Por el contrario: se mantiene en la línea de los últimos años y encarna la continuidad de la política israelí.

Es posible afirmar que el único proceso de paz verdadero fue el de Oslo entre 1993 y 1996, continuamente torpedeado por los radicales tanto palestinos como israelíes. Este proceso fue un intento serio y profundo de buscar soluciones a los conflictos y, a la vez, apoyar la cooperación de los diferentes actores económicos, culturales y sociales de Israel, Palestina, Jordania y otros países árabes. Su finalidad era no solo terminar con la violencia, sino promover la cooperación e integración. El Protocolo de París de abril 1994 abarcaba una gama de campos de cooperación en comercio, economía, mercado laboral, impuestos y aduanas. Desgraciadamente, el desmantelamiento de este proceso comenzó con el Gobierno de Benjamín Netanyahu en abril de 1996, y continuó con la oposición irresponsable de Ariel Sharon a las negociaciones de Barak con Arafat. El punto culminante de esta oposición tuvo lugar en septiembre de 2000 con la desafiante provocación de Sharon, quien al visitar la explanada de las mezquitas, el tercer lugar santo del Islam, incitó la segunda Intifada y enterró el proceso de paz.

Con el triunfo de Ariel Sharon en 2001, quien prometió acabar en cien días con la Intifada, la política israelí cambió diametralmente. La prioridad dejó de ser la paz y la integración de la región. En su lugar, se desentienden de todo proyecto común con los palestinos y proceden de manera unilateral. Ello se tradujo en un desinterés por impulsar las negociaciones, el desconocimiento de los acuerdos alcanzados, la imposición despótica de una frontera mediante la construcción de un muro y el no otorgamiento de permisos de trabajo a los palestinos a partir de 2008.

## **LA GUERRA EN DOS FRENTES**

Con Ehud Olmert al frente del Gobierno fueron secuestrados y asesinados soldados israelíes. Israel respondió con una brutal y desproporcionada guerra, haciéndose pasar por víctima de grupos terroristas que sin motivo alguno agraden a un Estado inocente. El incidente no es la causa de la guerra sino el pretexto que Israel esperaba para poder invadir el Líbano y seguir mostrando su poderío y superioridad militar en sus fronteras y en la región.

## **EL PRIMER FRENTE: PALESTINA Y EL HAMÁS**

Lo cierto es que el pueblo palestino no es independiente y es subyugado por Israel. Israel ocupa territorios palestinos donde hace y deshace a su antojo: detiene, encarcela y ejecuta a quien quiere; demuele las casas de inocentes porque simplemente están en medio de una zona que Israel considera como franja de seguridad, o por ser de familiares de terroristas.

Israel ha construido en territorio palestino edificaciones de lujo en medio de un paisaje de miseria, basándose en pasajes bíblicos o para obtener fuentes de agua con la cual cultivan, por ejemplo, cítricos que terminan exportando a Europa como productos israelíes para cobrar beneficios comerciales, mientras los niños palestinos tienen que beber agua no apta para el consumo humano.

¿Qué sentimientos pueden tener los niños y jóvenes que crecen en esos territorios? ¿Qué conducta se espera de ellos si desde la cuna experimentan en carne propia la prepotencia y el abuso? ¿Deben aplaudir? Lo más probable es que se propongan hacer algo para defenderse y cambiar la situación. Esa masa de jóvenes en miseria y sin perspectiva va en forma directa al Hamás, organización radical que ni siquiera reconoce el derecho de existencia de Israel.

Pero el Hamás no solo es el grupo terrorista responsable de atacar Israel con misiles caseros y atentados suicidas; también es el promotor de una red de servicios sociales que le ha servido para conseguir el apoyo popular que los llevó a ganar las últimas elecciones.

Los comicios fueron un éxito, un caso único y ejemplar en el mundo árabe, donde las elecciones suelen ser una farsa. Y el hecho de que el Hamás haya participado por primera vez en un proceso electoral y que responda políticamente por sus actos es un cambio positivo en el proceso democrático palestino.

Una vez en el gobierno, el Hamás encaró en el frente externo un veloz y radical rechazo y bloqueo internacional, que congeló el dinero destinado sobre todo a las fuerzas policiales, mientras en el frente interno experimentó un sorprendente y significativo proceso de discusión. Posiciones hasta hace poco impensables encontraban eco: entrar en negociaciones, respetar un alto al fuego y reconocer el derecho de existencia de Israel.

Es cierto que los miembros radicales del partido, en particular los que se encuentran en el exilio, están en contra y que la disposición al diálogo es a regañadientes, pero es un desarrollo digno de destacar viniendo de un grupo que hasta hace poco no estaba interesado en procesos electorales, ni en el diálogo político, ni en la búsqueda de soluciones y que no reparó en utilizar el terror como medio de lucha.

Estos lentos pasos hacia el diálogo debieron ser aprovechados por la comunidad internacional, los Estados Unidos e Israel, pero la respuesta fue todo lo contrario. ¿Fue una decisión acertada el cerrar las puertas al diálogo con el Hamás incluso antes de que asumiera el Gobierno? ¿Israel y los Estados Unidos no sabían que cortar el apoyo financiero y dejar sin pago a las fuerzas policiales significaba empujar a los palestinos a la guerra civil? ¿Qué credibilidad pueden tener estos Estados, que desde hace muchos años demandaban procesos electorales transparentes en Palestina, si lo primero que hacen es ignorar al ganador legítimo e intentan inestabilizar su gobierno? Lo único que logran con esta actitud es reforzar la posición de los grupos fundamentalistas islámicos en los países árabes, que afirman que «esa es la democracia americana, que tiene validez solo cuando ganan los que ellos quieren».

El rechazo a reconocer al Hamás como legítimo gobernante y representante de Palestina era una invitación a seguir con la violencia armada. En estas circunstancias es que se produce el secuestro de un soldado israelí en Palestina. La réplica de Israel añadió a su normal proceder en Palestina —asesinatos selectivos, bombardeos indiscriminados de zonas civiles, destrucción de la casi inexistente infraestructura— nada menos que el encarcelamiento de ocho ministros y veintinueve parlamentarios palestinos legítimamente elegidos. ¿Puede trabajar un gobierno palestino con su territorio ocupado y sometido a bombardeos y sus representantes encarcelados?

## **EL SEGUNDO FRENTE: LÍBANO Y EL HEZBOLÁ**

Mientras en el mundo árabe domina un sentimiento de impotencia y de debilidad frente a la superpotencia regional Israel, existe respeto y sobre todo admiración por la fortaleza del Hezbolá, el único grupo que no ha sido vencido por Israel: la retirada de las tropas israelíes del Líbano después de dieciocho años (1982-2000) de ocupación fue celebrada como un triunfo de esta organización.

En el débil Estado libanés que todavía no se terminaba de recuperar de la guerra civil, hasta hace

poco ocupado por el ejército sirio, el Hezbolá ha llegado a tomar el control del sur, donde goza prácticamente de extraterritorialidad y desde donde provoca continuamente a Israel.

Veinticinco años después del inicio de aquella invasión, Israel ingresó nuevamente a territorio libanés pensando que sería un paseo. Como diría el periódico israelí Haaretz, esperaban encontrar a un Hezbolá «con cohetes oxidados» y hallaron una milicia apoyada por Siria e Irán, que cuenta con cohetes de mayor alcance y con una infraestructura de depósitos de armas en sótanos y túneles que luego de varias semanas de bombardeo estaba en capacidad de disparar doscientos cohetes al día.

El Mosad, supuestamente el mejor servicio de inteligencia del mundo, parece no haber cumplido con su deber, pues la desinformación reinante y la voluntad política de guerra del gobierno israelí desataron un incontrolado e indiscriminado bombardeo de puntos civiles, sin importarles si las víctimas eran niños, mujeres, fuerzas de rescate o miembros de las tropas de las Naciones Unidas.

Con el bombardeo del puesto de las Naciones Unidas la tortuosa relación entre Israel y dicha organización se vio nuevamente perturbada. Pero no era la primera vez que esto sucedía. En 1996, en Qana, fueron asesinados 105 libaneses que se refugiaban en uno de estos puestos. En las investigaciones de las Naciones Unidas prácticamente se descartó como causa las fallas técnicas.

Por lo tanto, en esta segunda oportunidad es difícil pensar que el asesinato de cuatro soldados de las Naciones Unidas ha sido una casualidad o un simple error, pues Israel conoce perfectamente la ubicación de los puestos. ¿Con qué intención se hizo esto precisamente cuando la comunidad internacional se reunía en Roma para discutir las posibles fórmulas de paz? Después de esta fallida reunión, el Ministro de Justicia israelí, con un cinismo insuperable, dijo que la comunidad internacional «había dado de facto su autorización para seguir bombardeando el Líbano».

Los bombardeos continuaron en forma indiscriminada y torpe, como aquel ataque con aviones de guerra F15 y F16 a un supuesto bunker del jefe del Hezbolá, Hassán Nasralá, en el que se lanzaron 23 toneladas de bombas, quien poco después se presentó en la televisión vivo y coleando.

También tenemos el bombardeo a un edificio en Qana (nuevamente diez años después), en el que murieron 28 personas, entre ellas 16 niños y jóvenes, luego de lo cual Israel afirmaba que si hubiese sabido que allí se encontraban civiles no hubiera bombardeado el edificio (!!).

Israel afirma en su defensa que sí pensó en los civiles, que exhortó repetidas veces a la población a abandonar el sur del Líbano. Sin embargo, cuando la población dejaba sus casas y salía en caravanas era atacada sin compasión, incluso cuando estaban acompañadas por vehículos de la Cruz Roja. ¿Cómo se puede interpretar esta actitud? Por eso instituciones de derechos humanos parten de que estos ataques fueron premeditados.

### **MÁS ALLÁ DE LA DIMENSIÓN LOCAL**

Esta guerra muestra, en su dimensión regional, a los gobiernos dictatoriales árabes desinteresados en asumir un papel importante en el proceso de paz, y menos en asumir un liderazgo en la región. Se satisfacen con contar con la bendición de los Estados Unidos para eternizar sus regímenes, concentran sus energías en evitar todo tipo de apertura democrática y se muestran impotentes con la expansión y la fuerza que adquieren los grupos fundamentalistas islámicos en sus propios países.

Esto está siendo aprovechado por Irán, que tiene pretensiones de asumir un liderazgo que sea un contrapeso a Israel. El peligro regional radica en que el presidente de Irán, Mahmud Ahmadineyad, es un político populista, irresponsable e impredecible, que construye su fortaleza en la debilidad actual de los Estados Unidos. Ahmadineyad sabe que Estados Unidos está debilitado para presionar y sobre todo para emprender una nueva guerra.

Así planteado el panorama, no se puede ignorar que además de Israel, el Líbano, el Hamás y el Hezbolá, los otros dos actores de esta guerra son Siria e Irán, que apoyan militar y económicamente al Hezbolá. ¿Cómo se puede intentar llevar la paz a esta región si Estados Unidos solo quiere entablar el diálogo con dos de los actores y excluir a los cuatro restantes?

Si Israel comenzara a dialogar con Siria y encontrara una solución se rompería el peligroso eje que se está formando entre Irán y Siria. Es menos complicado que Israel halle una solución primero con Siria que con Palestina, pues de por medio no hay una ciudad sagrada como Jerusalén. Pero los enemigos del proceso de Oslo en Israel, para quienes el diálogo y la cooperación son sinónimos de debilidad, tienen como único apoyo a Bush, con quien comparten la arrogancia y el desprecio frente a la comunidad internacional.

Seguir esta política unilateral de rechazar el diálogo y aplastar al enemigo basándose en su superioridad política, económica y militar es un suicidio para Israel. No es casual que después de muchos años se fortalezcan precisamente los grupos radicales que ni siquiera reconocen el derecho de Israel a existir, y que en el plano internacional Israel esté perdiendo aceleradamente el apoyo moral de Occidente. Los intelectuales cercanos a Israel toman distancia respecto de la violencia ejercida por este Estado, que en territorio palestino mata a diario, junto a presuntos terroristas, mujeres, niños y demás civiles.

Después de haber producido solo en el Líbano más de 15 mil millones de dólares de pérdidas, destruido más de cien puentes, de haber dejado una catástrofe ecológica de playas cubiertas de petróleo, y cientos de edificios y casas arruinadas, calles en Palestina (Beit Lahia, en la franja de Gaza) donde el desagüe se desborda y de haber fortalecido al Hezbolá, habría que plantearle algunas preguntas al Jefe de Gobierno israelí para su próximo discurso: ¿El pueblo israelí vive más seguro que antes del inicio de la guerra? ¿Podrá vivir en el futuro en paz? ¿Tendrá menos enemigos? ¿Habrá menos gente que odie a Israel? Y usted, señor Ehud Olmert, ¿consiguió el lauro militar que tanto anhelaba? ■